



## De literatura y arte

REVISTAS RÁPIDAS

En el concurso que en el año de 1899 realizó el Ateneo de Lima para premiar con medalla de oro el mejor poema americano que se presentase á él, alcanzó aquel honor un poeta joven, bien conocido aquí: José Santos Chocano. El poema premiado se titula *La epopeya del Morro* y acaba de ser publicado en folleto, un folleto de ochenta y una páginas de letra apretada. Descontado el talento indiscutible del autor de *Iras santas*, que cada día se vigoriza en la lucha por los ideales más elevados y sanos, el mérito de la composición está garantizado por un jurado en que figura Numa Pompilio Llona, el esclarecido poeta también. Hay en *La epopeya del Morro*, inspiración fresca y potente, una riqueza de imaginación que seduce y una facilidad de verso admirable. El jurado establece, y con acertado juicio, la maestría con que el poeta ha levantado la figura inmortal del coronel Francisco Bolognesi, el viril guerrero que, suspenso entre el cielo y el océano, resucitaba las glorias del acero, que gozaba al sentirse entre sus manos, señalando de paso el estilo brillante de todo el poema, las imágenes nuevas que ofrece, y la fantasía desbordante que vuela desordenada con la fiebre del estro en todos los versos. Defectos hay también en la composición, como en el sol lunares, como en las auroras sombras, como en las alegrías amargas: pero son aquellos tan pequeños, y las bellezas tan palpables y abundantes, que pasan casi inadvertidos para el espíritu más observador. Lo único que se puede tachar en Chocano, que tiene talento propio, inspiración robusta y originalidad de sobra, es el culto que rinde á la moda parisiense, ante la que se inclina como cualquier poeta decadente de escaso valer. Esta sumisión á una deidad ya desaparecida — que se advierte en algunos, no en todos, de los períodos de su magnífica composición — no es para los fuertes, para los que no saben andar sin ayuda ajena, sino para los que, incapaces de un esfuerzo propio, lo piden prestado al primer transeunte que encuentran á su paso ó lo recogen del montón enorme que diariamente arrojan los cerebros pródigos á la calle. *La epopeya del Morro* es grande como asunto y grande como obra poética: por eso, sin duda, y á pesar de su carácter histórico, se lee de un tirón, con el agrado que se devora un manjar apetitoso.

\*\*\*

*La tapera del pago*, de E. de las Muñecas, es un cuento que aparece embellecido por la frase siempre elegante y perfumada de Carlos Roxlo. Es lo del sol, irradiando su claridad sobre la luna. Sin el prólogo, que á veces es puntal, otras simple presentación y muchas exceso de lujo, las páginas del novel escritor, — que demuestra su poca edad en la exhuberancia de imágenes, en el desorden de su imaginación y en la inverosimilitud del tema que estudia, — serían páginas perdidas, brotes prematuros de una planta que aún no ha alcanzado el

suficiente desarrollo. Carlos Roxlo las ha salvado de una vida efímera. Y quizá haya salvado también al autor, á quien aplaude con mesura, y á quien insinúa con cariño de espíritu experimentado en desengaños y triunfos literarios, las amarguras y esfuerzos que traen consigo los primeros entusiasmos por el arte de las letras.

Recomiendo á los que aún permanecen fieles á la tambaleante escuela del *modernismo* que por aquí se estila, las siguientes líneas de un escritor residente en París, escritas á propósito de la muerte de Armand Silvestre: "Los poetas hispano-americanos, de fijo que prefieren á Mallarmé, á Samain y á otros fumistas por el estilo. Ellos no gustan del arte sincero y hondo; imitan ridículamente á los poetas de *La Vogue* y de *L'Ermitage*, que en París nadie lee. Casi todos estos pseudo-modernistas tienen poco ó nada de franceses. El género francés es claro, sencillo, armonioso, algo superficial. La obscuridad de que alardean les viene de los alemanes y de los ingleses, de suyo inclinados al ensueño, á lo vespertino y vagoroso. El ajeno y el abuso de los placeres físicos puede que contribuyan á aumentar lo exótico, lo complicado de los modernos versificadores parisienses. Distingamos: Una cosa es la obscuridad aparente que nace de lo profundo del pensamiento, de lo intenso de la emoción, y otra cosa la obscuridad que nace de no ver claro á causa de ausencia cerebral, de artificio retórico, de fiebre de originalidad enrevesada. ¿Quién habla en París de simbolismo, de decadentismo, de escuela romana y... de Mallarmé? Verlaine es leído, no por decadentista, sino porque fué poeta, el único tal vez que sobrevivirá á su escuela."

\*\*\*

En la revista anterior me hicieron decir cosas que yo no había escrito. Por ejemplo: en la nota relativa al *Quo vadis?*, de Sienkiewicz, escribí, al final, esto: "Como páginas emocionantes, las que narran el incendio de Roma y las fiestas del circo, son de primer orden." Y apareció: "Cinco páginas emocionantes, etc." Más adelante, en la misma nota, intenté decir: "al arte sutil, de suavidad exquisita, en que se mueven San Pedro, etc.", y se me obligó á cambiar el verbo *mover* por *morir*. Y esto aparte de algunas erratas más, como aquella de sustituir el *Fabiola* de Wissenian, por un *Fahólan* desconocido, que el lector discreto habrá subsanado sin mayor esfuerzo.

Edo. Ferreira